



A la izquierda: «Santa Teresa de Jesús, en éxtasis», el famoso grupo escultórico de Bernini, que se conserva en la iglesia de Santa María de la Victoria, de Roma.—A la derecha: Detalle de la cabeza de Santa Teresa, de la citada escultura.

ción con que respiraba en aquella atmósfera de triunfo que la circundaba.

Las colosales estatuas de los santos que se contemplan en los nichos de la nave central representan precisamente las figuras más características que en el curso de la Historia han contribuido a dar al rostro de la Iglesia ese aspecto de juventud, de triunfo y de gloria; entre ellos se encuentran unos cuantos nombres que suenan con acentos de hispanidad: Domingo de Guzmán, Pedro de Alcántara, José de Calasanz, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola. La presencia de estas figuras en estos pedestales gloriosos es la confesión hecha por la Iglesia, a quienes sirvieron, de la parte habida en esa labor de construcción y defensa, por el «mundo hispánico», cuyo era el espíritu que los animaba.

* * *

Un día será un peregrino que vuelve de Roma con dirección a la Patria y descubre, en un alto del camino, la tragedia de la Iglesia, que está sufriendo en el sur de Francia el desgarramiento de la herejía; siente que aquel fuego de celo apostólico, de que se le ha inundado el alma al contacto con el espíritu de Roma, le empuja a dar su trabajo y su vida, y a comunicar este mismo entusiasmo de lucha por Cristo a cuantos quieran escuchar su invitación apasionada: una invitación a arrancar las más íntimas raíces de la herejía por medio de una instrucción religiosa, que pueda oponer al error un baluarte inexpugnable. Fruto, la Orden de los Padres Predicadores; aquel peregrino, Santo Domingo de Guzmán.

Otro día, en la gran corriente de reforma de las viejas Ordenes religiosas, que aun era posible sacar de su anquilosamiento para una nueva eficaz siembra de santidad, revolucionándolas hacia el ideal de la perfección primera, se presentará la persona de aquel santo asceta, hecha de raíces de árboles, reformador de la Orden franciscana: San Pedro de Alcántara.

Al pensar en José de Calasanz, pasará ante vuestra vista una ingente muchedumbre de niños pobres, que han recibido en sus Escuelas la luz de sus inteligencias y el sentido religioso que ata sus vidas a Dios.

Y cuando el mundo necesite ser recreado por el soplo vivificante de una nueva espiritualidad, que sepa impregnar de vida interior a todo el universo, tendrá que acudir a una mujer, una monja castellana, la «fémina andariega» de nuestros siglos de oro: Teresa de Jesús.

Y si lo que se necesita es un moderno ejército aguerido para librar las más duras batallas, en todos los campos en que sea necesario batirse, para hacer ondear a todos los vientos el estandarte triunfador de la Iglesia, se mirará a la figura, caballerescamente enamorada de las glorias de la Madre, de un caballero hispánico. Su nombre es león: Ignacio de Loyola.

* * *

Domingo de Guzmán, Pedro de Alcántara, José de Calasanz, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola: lucha contra la herejía, educación religiosa, santidad, vida interior, apostolado integral... ¿No serán estas imágenes de nuestros santos en la Basílica de San Pedro una lección de urgente actualidad para el mundo hispánico de nuestros días?

Si siempre se ha podido afirmar con plena justicia que «toda verdad política o social se convierte forzosamente en una verdad teológica», nunca se podría decir con más razón que en la hora presente, de profunda crisis total de nuestro mundo, en que se ha llegado a tal extremo, que las únicas posiciones posibles quedan incluidas dentro de este dilema pontificio: «O con Cristo, o contra Cristo.» La lucha se halla en la actualidad entablada inequívocamente entre el comunismo y el anticomunismo, sin darnos cuenta de que, si no se llega a un planteamiento más positivo del problema, terminará irremediablemente por vencer el ímpetu arrollador de la nueva invasión del Oriente, como termina siempre por vencer la afirmación a la negación pura. Oímos hablar continuamente de defensa, de lucha contra el enemigo de la civilización y de la libertad; pero esas voces sabemos que se levantan en nombre de los intereses materiales y de la propia hegemonía nacional, amenazada por un poder, que aspira a hacer del universo su Imperio.

De hecho, sólo hay en el mundo una fuerza, una idea, con vitalidad irreprimible, capaz de contrarrestar ese avance del ateísmo y de la impiedad, que se traducen en el organismo de un sistema económico, social, político y religioso: es la fuerza, la idea del Catolicismo, que no está gastado por la labor de veinte siglos, como quisieran pensar sus enemigos, y que puede, por lo mismo, dar las auténticas soluciones a los problemas que aquejan al mundo moderno. Y sería hora de preguntarnos si no está llegando, o ha llegado ya, la nueva hora del «mundo hispánico», que no es un imperio político, pero que constituye un bloque de pueblos en los que continúa alentando vigorosamente esa idea católica, en la cual hay que ir a buscar el remedio definitivo de la angustia actual. Dígame lo que se quiera, la solución ha de ser una solución de santidad, teológica; hay que llenar otra vez el mundo de santos, revalorizar la teología para la vida. Sólo de esta manera será hacedera la actuación del ideal de una «nueva Cristiandad»; de una Cristiandad con fundamentos teológicos, impregnada de santidad. El ideal hispánico: católico.

SANTOS HISPÁNICOS EN PIEDRA ROMANA

Al llegar a la vista de la plaza y de la Basílica de San Pedro, mientras se camina a lo largo de la Via della Conciliazione, son siempre los mismos pensamientos los que vienen a ocupar la mente: veinte siglos de historia, que señalan una indefectible continuidad de la Iglesia de Cristo, en el cumplimiento de la misión a ella confiada por su divino Fundador. Y es aquí donde tienen su mejor símbolo y su más hermosa expresión, en esta Roca que el mismo Cristo declaró inmovible, como fundamento de su Iglesia. Veinte siglos de historia, que, con aureolas de triunfo o con púrpuras de martirio, son la realización perfecta de aquella promesa: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Aquí, donde ahora se alza el templo más grandioso de la Cristiandad, fué un día con su sangre testigo de su Maestro, aquel pescador de Galilea, que fué llamado «Piedra»; aquí, en ese lugar que podemos señalar con nuestra mano y sobre el cual podemos arrodillarnos, estuvo y está, como nos ha dicho el Papa, el lugar de su sepulcro: ese sepulcro que desde los primeros tiempos pacíficos de la vida de la Iglesia fué centro de culto y de peregrinación de todo el orbe católico, que veneraba en él el recuerdo del Príncipe de los Apóstoles y la institución divina del Pontificado, de donde procede la luz indefectible de la verdadera fe, y de donde nace la unidad de la Iglesia. No es de extrañar, por consiguiente, que la Ba-

sílica que a los contemporáneos del primer emperador cristiano parecía tan grandiosa, no la creyeran bastante los cristianos de aquella época de la vida de la Iglesia, que sólo con una evidente impropiedad se puede describir bajo el signo negativo de la Contrarreforma. Son los tiempos de una inmensa ebullición interna por la Reforma, los tiempos de Trento, de la purificación y fundación de las Ordenes religiosas, y de las beatificaciones y canonizaciones de los santos; época en que por toda Europa se esparcen las corrientes de una nueva mística, que tiene sus fuentes en los conventillos del «mundo hispánico», donde se alza también, sostenida por mano gigante, la espada de la Cristiandad, empuñada en conquistarle nuevos mundos vírgenes y en defender de los ataques de la herejía sus antiguas posiciones en el Viejo Continente.

Y siendo como es el verdadero arte la expresión más fiel del ambiente y del espíritu de una época, no podía menos de plasmarse en la nueva Basílica, que se alzaba sobre el sepulcro del Pescador, como en el centro de la Catolicidad, la exuberancia y la gloria de la Iglesia, que cobraba en aquellas coyunturas caracteres de apoteosis; y éste es, precisamente, el espíritu del arte de la Basílica de San Pedro: la idea, plásticamente expresada con las formas barrocas, de la confianza con que la Iglesia volvía los ojos al mundo, creado y consagrado por Dios, a quien todas las criaturas deben cantar y servir, y de la exulta-



«Vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viense así; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece

todos se abrasan. Deben ser los que llaman cherubines, que los nombres no me los dicen; más bien que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, que no lo sabría decir. Véale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces...» (Santa Teresa: «Vida». Capítulo XXIX.)